

## Psicosexualidad<sup>1</sup>.

Lou Andreas Salomé

Con la palabra “sexualidad” se tiene en las manos el trapo rojo contra el que, desde los comienzos hasta ahora, arremeten fogosamente los ataques al psicoanálisis de Freud, de forma que por el miedo a que los cuernos cojan al hombre nunca se ha revelado por completo su intención propia camuflada por el trapo. Si se piensa en términos de “psicosexualidad” tal como inicialmente la utilizara Freud, uno no acierta a comprender el porqué de esas hostiles animosidades; pero de hecho también dentro del campo de los prosélitos sólo se ha leído la mitad de la palabra, y ello ha ocasionado el que únicamente ese último componente fuera el blanco de la lucha, mientras que las primeras sílabas no han recibido las cornadas de los prejuicios. De todas formas, si hay malentendidos, estos no sólo afloran entre el público sino incluso en el ámbito de los colegas, hasta el punto de que llegan a formularse en la irónica observación que pudo ser expresada en Londres en el congreso de neurólogos del año 1913 en labios de Pierre Janet: “Todas las palabras empleadas por el psicoanálisis, tales como instintos sexuales, sensaciones genitales, impulso hacia el coito, libido, etc., determinaban simplemente el *élan vital*<sup>2</sup> de los metafísicos”<sup>3</sup>.

Por tales razones, algunos de los que han intentado entender a Freud se han preguntado por qué se aferró a un término que suscitó tanta oposición. Es algo que naturalmente forma parte en muchos otros de la fama en las acuñaciones de salón o de padrinzago en el filosofar, pero ciertamente sería Freud el último en preocuparse de palabras o de apadrinar acuñaciones. Y con eso el título dado a la cosa tiene en ese caso mucho más que cumplir fuera de la simple finalidad formal, tiene un fin práctico, y por ende una tarea: y es importante que ello se exprese en la palabra misma, puesto que en todos los estudios de los fenómenos de la sexualidad hasta el presente, o bien se toma excesivamente en consideración todo su conjunto o bien se adolece de parcialidad. Si se escogía una referencia a la esfera del amor, algo así como el “placer corporal”, esa connotación demasiado neutral se podría poner con excesiva facilidad en relación con los procesos vitales, servir al mantenimiento del yo, y con ello producir un falso tono. E incluso debe admitirse que el sentido justo del concepto de “sexualidad” se ha convertido en algo definido que podría en consecuencia suscitar fácilmente los inútiles malentendidos. Y así el fantasma del prejuicio y del malentendido, que sin embargo muchas veces permite una profundización en los asuntos de la sexualidad, debe verse obstaculizado en su ponzoñosa actuación y en su reacia difuminación en el resumen. Una vez que ese peligro ha sido desterrado, se puede dar el nombre que se quiera a la sexualidad en cuestión, pues entonces habrá llegado el momento de las auténticas disputas terminológicas en las que hasta entonces, voluntaria o inconscientemente, se tenía meramente un pretexto, una protección ante el aguijón de la avispa.

Y en eso se especifica el término de sexualidad —que como muchas cosas de Freud lleva sobre su frente el inequívoco sello de su origen en la lucha—, que al exagerarse suscita la réplica y el encono en la lucha: algo que salta a los ojos con su llamativo color rojo sangre, que recuerda siempre el colorido de los antiguos cuadros. Y por ello, y debido al éxito de los resultados de las investigaciones de Freud, debe mantenerse ese nombre, reservándole el honor debido y también su autenticidad histórica.

Como se sabe, fueron las secuelas empíricas en los casos de pacientes de histeria tratados en equipo por Josef Breuer<sup>4</sup> y Sigmund Freud, lo que llevó a Freud a considerar la sexualidad como el rasgo menos considerado en el trasfondo del cuadro clínico de esta dolencia; los sucesivos casos posteriores, tratados personalmente por él, le revelaron sin duda alguna la interconexión vigente entre la histeria y las perturbaciones sexuales, mientras

que en el trato de la neurosis obsesiva se manifiesta otro factor —perturbación en el ámbito de las tendencias del yo— como algo decisivo en la dirección de las neurosis hacia las psicosis; y finalmente, la actual fórmula de Freud captó la reciprocidad de la perturbación en ambos casos al manifestar que “las neurosis se originan en el conflicto entre el yo y la libido” (ya en 1912, *Zentralbl. f. Psyc. An. u. Ps. Th 116, p. 301*).

Quien considere desde esta perspectiva el trabajo de Freud cuando examina la reciprocidad de ambos, siempre en una inducción de material empírico, e intente investigarlo, descubrirá claramente que aquí no se trata simplemente de poner al descubierto unos “complejos” (Jung<sup>5</sup>) como algo “sexual”, sino que es algo más profundo como lo último que es psíquicamente experimentable y abarcable. Dado que lo sexual estaba todavía bastante más oculto de cuanto revelaron los casos de histeria estudiados por Breuer y Freud, e incluso de sus aplicaciones terapéuticas, pasó entonces como algo desapercibido, y lo sigue estando todavía para aquellos que se muestran reacios o en los enfermos que se entercan en admitir la curación de los conjuntos de síntomas superficiales gracias a la profunda actuación del psicoanálisis. Y por eso Freud sigue con la empeñada fama de “hurgar siempre en lo sexual” y así dejar a los hombres, que acuden a él por la frontera del psicoanálisis, tan desnudos como el oficial de aduanas a los sospechosos contrabandistas que lo niegan todo.

Y se tiene, sin embargo, al alcance de la mano la importancia que el psicoanálisis puede dar a esa mercancía de contrabando, pues hablamos de las manifestaciones “espirituales” como las que van más allá de cuanto nos es psicológicamente interpelable, y lo sexual es algo a lo que pueden servir ambos modos de interpretación, que tanto se puede alcanzar por su contenido somático como por los caminos espirituales. Y si nuestros estados y situaciones corporales pueden degradar o ennoblecer lo psíquico, con todo se da ahí una constante unidad en la que, para nuestra experiencia, vibra nuestra experiencia psíquica en el impulso somático; y sólo ahí puede verse esa unidad desde dos perspectivas, que ciertamente se entrecruzan (como si nosotros al mirar soslayáramos la vista), al igual que nuestro entendimiento mantiene la unión de la dualidad.

Por eso es por lo que nunca llegamos a ver más hondo en la base de lo denominado espiritual como no sea la percepción de esta doble excitación, que con todo se manifiesta como una desconjuntada totalidad, lo mismo que en el aspecto somático del proceso sexual aflora igualmente la totalidad de sus componentes vitales en su primitiva y omnicomprensiva expresión. Y por lo demás, fuera de ese único punto de cruce tan sólo percibimos las descoyuntadas direcciones que hay en nosotros: como mundo corporal, como la tendencia hacia el exterior del propio cuerpo, o como propio mundo interior, cuya comprensión se revela desde el propio interior.

Cuando Freud penetró hasta este punto de cruce sexual, tuvo que hacerlo al principio como médico, pues las dolencias se evidenciaban como complejos/obstrucciones dentro de esa situación de interpelación, precisamente como nudos, desviaciones en el desarrollo del curso de la sexualidad. Su exploración alcanzó las primeras fases de los fenómenos sexuales, como las condiciones que les hacen devenir como tales, que les inscriben dentro de lo que el lenguaje ordinario define con los nombres del ámbito de la sexualidad; se adentró, pues, en los casos de perturbaciones patológicas y en la sexualidad infantil.

Con el término de “sexual-infantil” se produce la más viva alarma de sus adversarios y todo se moviliza como en una campaña en pro del buen nombre del niño, y todavía hoy siguen tales escaramuzas en todos los frentes. Sin embargo, es un hecho que el niño, ese pobre, pequeño y difamado gusano de inocencia, nos imparte los primeros conocimientos de psicología profunda sobre la sexualidad solapada, y por ello enfermizamente reprimida, que aflora en sus manifestaciones asociales. A través de ella se evidencian los complejos por los que las frases primerizas se vinculan con las morbosas, se coge in fraganti, por así decirlo, a la sexualidad infantil junto con la de los locos, los enfermos y los transgresores. Y en lugar de santiguarse ante este hecho como si se tratara de una broma satánica, sería mejor que se quedara uno con el logro de haber conquistado un palmo de terreno, al menos, para las personas más desdichadas en esta nuestra vieja tierra de la infancia. En lugar de considerar al niño denigrado por eso, se debería sentir aquí algo de aquella fuerza salvadora que en el último momento abrió la puerta del paraíso al buen ladrón.

Sin duda alguna, sigue siendo uno de los más admirables logros del psicoanálisis el permitir sospechar en qué profundidades nunca antes exploradas se une y separa lo que según nuestro criterio humano constituía lo “más sublime” o lo “más ínfimo”, lo más fértil o lo más perturbador de nuestras descargas de fuerza;

pero tampoco se puede, desde este punto, pasarse al polo opuesto para minimizar lo oscuro de las descargas psíquicas mediante su cotejo con lo infantil, al darles así un valor inofensivo como si fueran un juguete de la estancia de juegos, que sólo es pura apariencia, tal y como hoy día se pretende presentar a la sexualidad infantil como un mero juego somático. Freud no presenta al niño como el reducto de la inocencia cercado por un muro infranqueable, ni tampoco lo derriba buscando el aire libre de las sosegantes abstracciones simbólicas, y precisamente el hecho de haber tenido el valor, el gran coraje de seguir explorando en ese punto tan sensible, en seguir confiado como psicólogo su negro y oscuro túnel hasta el fin, fue lo que le permitió descubrir las conexiones subterráneas cuyas fronteras y divisiones de superficie, incluso las más eminentes, se demostraron como casuales.

En consecuencia, debe tomarse en toda la realidad con que se pronunció la conexión de la sexualidad con la existencia, incluso en sus más tiernos días, o en palabras de Freud: “En nuestro origen únicamente hemos conocido objetos sexuales” (Jahrbuch, IV, pág. 443 - Diario); y pese a todo debe entenderse en una significación que, al eludir la burla de Janet, se nos presenta en toda su verdad desnuda. Y en realidad, es la expresión del entretejimiento de la criatura como individuo, de nuestra unidad, con el ser fuera de nosotros, lo que constituye aquí el tema del filósofo más que del psicoanalista, y que se da como una experiencia cimeramente inmediata en la primitiva integración somática que luego ya no nos es asequible; únicamente al recién nacido se le abre el mundo exterior como algo que le amplía el mundo interior, cuando ahora el organismo materno se le revela desde fuera y no ya desde dentro.

Y si ahí cabe bien poco hablar de “sentimientos”, no se debe meramente a que las capacidades adormecidas sólo den lugar a un par de sensaciones corporales, sino más bien a que dentro de tal proceso de unidad les faltaría a los “sentimientos” la menor distancia sobre la que tender sus puentes de comunicación. Las primeras manifestaciones del niño responden a una situación corporal en la que se verifica al estar implicado en todo: él vive a su madre, antes de que realmente ame a su madre; y por ello en sus primeros descubrimientos de objetos, que luego seguirán, se parecerá más a la experiencia de un “encontrar de nuevo” (Freud), de un volver a ver, antes que a la de una plena primera vez. Y dentro de esta primigenia implicación con el objeto surgen los primeros sentimientos de placer ante el mundo tomado como realidad en forma de asentimiento a los propios caracteres somáticos; el placer, estrechamente vinculado aún al instinto de autoconservación, de la toma de alimento, del instinto de excreción; placer en chupar, en palpar los miembros propios; placer creado separadamente por cada zona de su cuerpo, casi igual que si en sus distintas partes se ofreciera una parcial muestra de su pequeño cuerpo, que en su plenitud de mundo objetivo todavía rehúye la libido del niño.

Ese período de autoerotismo, durante el cual todo el cuerpo del niño viene a constituir un único órgano sexual, ha sido claramente distinguido por Freud de la siguiente fase de existencia más consciente que le capacita para aglutinar los placeres diversos en un objeto central que es seleccionado por la propia persona. Este autoerotismo ha sido una fase de la sexualidad evidenciada por otros autores (y concretamente se habrán enterado los lectores de la revista de Ivan Bloch); no obstante, el gran alcance de esta fase se debe a una singular aportación de Freud. La palabra “narcisismo” (que tomó de Näcke y Ellis, que la usan tautológicamente por autoerotismo) significa para Freud la marcada culminación de la elección sexual en el yo, o, viceversa, la sexualización de las tendencias del ego. (“Finalmente seguimos la distinción de las energías psíquicas en cuanto que se juntan en el estadio del narcisismo y se vuelven indistinguibles para nuestro análisis superficial, puesto que únicamente es posible mediante una división de objetos distinguir una energía sexual, la libido, de una energía de los impulsos del ego” (en la Introducción al Narcisismo)). Se podría decir que el narcisismo, como fenómeno psíquico presenta una analogía con lo que se produce en el entretenimiento somático, en el acoplamiento del recién nacido a la madre.

Se podría producir ahí el malentendido de que a este concepto de Freud no se sigue ninguna fase sexual posterior, y que se trata justamente de un retorno a la primigenia etapa de lo autoerótico (lo que ha motivado la tradicional pregunta de W. Stekel<sup>6</sup> sobre cómo imagina Freud la multiplicación de los salvajes si según él debieron de quedarse en la fase narcisista). La obvia paradoja, según la cual el principio narcisista debe someterse simplemente a lo autoerótico como una mera secuela de éste, se resuelve afirmando que no se trata de una fase de tránsito de nuestro desarrollo sexual del propio ego, sino que más bien constituye un constante

componente de todas las fases: como medida de nuestro siempre vivo amor propio. O dicho en palabras de Freud: “Presentamos así la imagen de una atávica posesión del ego por parte de la libido, que luego se proyecta a los objetos pero que no obstante sigue en sus rasgos fundamentales y en la posesión de los objetos que comporta como los cuerpos de un microbio protoplasma con respecto a los tentáculos que proyecta”.

Y Freud sigue refiriéndose al narcisismo, desde un punto de vista terapéutico, como aquel punto a donde el psicoanálisis práctico debería intentar llegar, más allá del cual no se dejan acompañar los procesos de regresión y desde donde arrancan todos los procesos de regeneración con toda su fuerza posible. Y el precedente ejemplo sacado de la biología se podría completar con otro tomado del mismo terreno: no tan sólo el desmembramiento del protoplasma de las móreras va formando nuevos miembros sucesivos, sino que también cada célula de nuestro organismo devora el resto de su protoplasma, como una reserva constante por encima de todas las diferencias.

El narcisismo que sigue permaneciendo en nosotros más allá de la fase de su absoluto predominio nunca llega a disolverse plenamente como aquel fondo de protoplasma, tan sólo que no debe pretenderse que se exprese en formas fijas de conciencia, sino a manera de pseudópodos antes que como auténticos brazos o piernas, cuando se manifiesta el recio componente de algo común que se evidencia en su unitaria base tanto en las primeras singularizaciones del autoerotismo como en las más tardías de la posesión de objetos.

Y eso desvirtúa aquel extraño reproche, tanto más extraño cuando fue formulado por C. G. Jung, quien debió de saberlo mejor, denunciando que la psicología de Freud, “pese a toda su singular concepción psicodinámica”, volvía a basarse en las viejas cualidades escolásticas del alma cuando atribuía la capacidad de unificación del “manejo de impulsos sexuales parciales” únicamente a los órganos genitales. En contraposición, siguen siendo válidas las palabras de Freud: “El psicoanálisis se precisa y matiza al atribuir los impulsos sexuales parciales a las zonas erógenas y a la ampliación de ese modo ofrecida del concepto de “función sexual” en oposición a una estricta función genital” (*Intern. Zeitschr.* III, p. 530).

De las primitivas formas de expresión de la libido —ese placer de los sentidos que late en todo el cuerpo, prodigando a la vida un gozo de acogida— como si ésta se restringiera a reductos parciales hasta reducirla esencialmente a su sede de lo genital, pero sin perder no obstante su tendencia a influirlo todo, aquel impulso a inmiscuir el ámbito del yo en el campo sexual tal y como propiamente lo ha presentado el estadio narcisista. Dentro de unos límites locales, consigue sus irrupciones momentáneas en el todo, en el arrebato por el todo, a través del desbordamiento cuando asume la infantil sexualización total.

Y así, en el fondo, el proceso sexual aparece como dos contrapuestas corrientes: una descendente hasta el momento de la pubertad, y otra que desde ahí inicia su ascenso; y me parece como si en esta imagen se pudiera expresar, con la mejor adecuación, lo que Freud denominó el tiempo de latencia, pues ahí donde ambas corrientes se encuentran en su punto medio menguan recíprocamente sus manifestaciones externas, o ya se revelan como aparentes desde nuestro punto de vista.

Se produce entonces un hecho casi divertido, pues, mientras que la sexualidad primeriza empieza con unas tendencias puramente corporales para luego elevarse, por así decirlo, constantemente hacia una ternura completamente espiritual, ocurre lo contrario con la madurez sexual, que tras unos preliminares espirituales o mentales encuentra su expresión final en lo puramente somático del acto sexual. Lo que solía llamarse asexual, lo infantil, recibe únicamente con su decrecimiento aquel todo espiritualizante que constituye más tarde su primordial acento, hasta que de nuevo vibra en su pleno tono en el concierto sexual de la pubertad. Pero entonces todo su programa se desarrolla sólo bajo el título de la “sexualidad” que recibe el único abucheo de la moralidad, porque la amenaza con una estridente disonancia de la que la conciencia desarrollada nos salva individualmente.

Y ahí sobre todo se concentra el odio contra lo “sexual”, contra su justificación o meramente contra su mera investigación, al principio que se opone al ego individual o al ego cultural. Esa impresión de contraposición es algo que no podemos eludir, aunque el yo humano tome su sexualidad atándola con una cuerda más corta o una más larga, como un siervo rebelde o como un demonio que secretamente le guía; y esa relación básica sigue siendo la más paradójica en cuanto que el individuo que busca la evolución del propio yo refiere sus impulsos al conjunto, por el que únicamente como sexo despertó a la realidad de su

propio yo. De ahí que E. Bleuler<sup>7</sup>, en *Sobre la resistencia sexual*, advierta con toda razón que esta lucha no apareció por causa de obstáculos culturales (educación) sino que procede de la cosa en sí. “Sexualidad” y “yo” son para Freud los apelativos populares que existen para esas contrariedades psíquicas que tan profundamente anidan en nosotros.

La primigenia dualidad de la que deriva la situación es descrita por Freud en el caso de incesto o en el complejo de Edipo del niño —las palabras más aladas de Freud, y que por ello se han propagado más del psicoanálisis. Los padres que nos traen el mundo marcan naturalmente la encrucijada para nuestra vinculación sexual e igualmente para nuestra diferenciación del yo, por lo que las más de las veces se rechaza con vehemencia a la parte perturbadora, “el galán rival”, mientras que uno se identifica con la otra. Y aun cuando ello podría ser más propio de los neuróticos, ante cuya mirada retrospectiva el “incesto infantil” se dibuja tan truculento, y aun cuando incluso los agresivos deseos de muerte sean menos un placer por el asesinato que una infantil conmutación del morir, el estar ausente como fuente de esos impulsos no debería con todo convertir, demasiado a la ligera, en positivo el sentido de esa situación interior.

Es preciso recordar, al respecto, lo que es característico para el niño: tanto su tendencia hacia lo inofensivamente espontáneo, como toda su crueldad y los fuertes afectos incontrolados. Y ése es el punto de arranque donde se realiza la transfusión de lo elementalmente ilimitado hacia el reducto personal, de lo inconsciente hacia el yo consciente, la cual resulta en fatales y explosivas actuaciones. No en balde habla Freud, y sin broma alguna, de la fuerza de las pasiones antes del quinto año de vida del niño, mientras que las más tardías más fácilmente desembocan en lo idílico; e incluso el furor de lo que luego llamaremos criminal y contra lo que nos defendemos mediante las condenas y las prohibiciones, no tendría nunca otra fuerza de experiencia tan vehemente como cuando la autopermisividad choca por primera vez con la experiencia humana del constreñimiento. Debe tenerse en cuenta, pues, cuán poco ve el niño su pensamiento y su fantasía como algo distinto de la realidad que le rodea; cómo para él lo primero son los datos corpóreos, y en esa corporeidad debe expresarlo todo, incluso los engaños, cuanto se encierra dentro de sí, todo cuanto agita su vida y pugna por aflorar, y por eso sus “sentimientos de incesto” en toda su infancia deben considerarse como algo dotado de una auténtica dimensión física. Si luego el neurótico, reprimido por el miedo, falsea la propia imagen de su niñez al transformarse, exageradamente, en un pequeño Edipo que merodea con su deseo de asesinato y su ignominia de sangre, en todo caso ese posterior y abultado juicio sobre su infancia es exagerado, pero lo que entonces incitó su miedo ciertamente no lo es, sino que son los antiguos afectos básicos no elaborados que de nuevo le conducen en la inconsciente materialidad del infantil deseo de querer tenerlo todo, en la infantil codicia de la exclusiva posesión de todo.

Me parece, en consecuencia, que la comprensión de tales procesos no puede tomarse con mayores reparos que la “des-simbolización” de los mismos, su debilitación, especialmente por obra de los antiguos adeptos de Freud; para algunos de ellos, la escuela suiza por ejemplo, el deseo infantil de incesto es una mera imagen del arcaico carácter retrógrado de la mente, bajo cuyo impulso se entiende la tendencia al retorno al útero materno del ser o al nacer de nuevo; para otros, para Adler por ejemplo, el factor sexual se ve ahí implicado en virtud de una ficción de la codiciosa voluntad del yo<sup>8</sup>.

Lo esencial para mí no es tanto que se simbolice más o menos, como que no se habrá creado una confusión entre ficción y realidad, de forma que lo único factual deba asumirse ficticiamente mientras que lo meramente simbólico deba ser tomado como realidad; si la situación de incesto se vive primitivamente en unas bien determinadas impresiones sexuales, éstas podrían descubrirse por medio del procedimiento psicoanalítico, y se aglutinan para siempre en el vivo y latente desenlace en todo lo afectivo. Puesto que tales vivencias no son captadas ni entran en la conciencia del ser, o se sienten ahí como algo extraño e inadmisibles, les queda un terreno de juego para relaciones adicionales a las que se vinculan a modo de complejo (no de una forma distinta a los “recuerdos fingidos” como en el caso del *déjà-vu*, con lo cual Freud designa algo que se reproduce porque la conciencia encuentra puntos de comparación donde se puede dar cobertura a algún elemento de realidad que se impone como algo coaccionado).

Esa sucesión de personas o de acontecimientos que se nos muestran tan personalmente, con tanto detalle, valor y actualidad, recibe su profunda significación no de sí misma, sino de su origen, por el que puede

degradarse a simples formas de recubrimiento. Y eso es lo que Freud denomina “transposición”. Durante toda la vida nos referimos a impresiones por las que una realidad primitiva quiere volver a nosotros, una realidad que sólo puede experimentarse de nuevo a retazos, semioculta,

simbólicamente, pues su fondo de sentimientos se extiende hasta la totalidad inconsciente y desmembrada, a la que nosotros sentimos, al despertarse, cercada de vida y de nosotros mismos.

Con cuanta mayor fuerza de “realidad” irrumpa en nosotros lo pretérito, con tanto mayor simbolismo se va propagando en el nuevo porvenir, para así totalizarlo mediante nuestras determinaciones, significaciones, referencias y acentos; mientras que, por el contrario, aquello que no causa, o apenas si lo hace, una conmoción sobrecogedora, que no plasma ante nosotros la inalcanzable proximidad o lejanía de lo irremediamente pasado, tampoco llega nunca a excitarnos aunque se nos sitúe como presente, como al alcance de la mano.

En lo vivido anteriormente, en su primera unificación de lo externo con lo interno en la vida misma, se nos brinda la ocasión de crearnos un hogar en lo más extraño, e incluso en lo más familiar de todas las pasiones, como si nunca llegara a quitarse el velo de la infancia que la abre al mundo. Los tópicos tanto de la “clarividencia” del amor como de su “ceguera” se producen ahí: al ver con clarividencia más allá de la persona, cuya individualidad, cuya “casualidad” suscita en nosotros la típica vivencia, también nos hacemos en la misma medida ciegos para un juicio objetivo.

Cuando en la madurez del afecto de nuestra sexualidad llegamos a la completa unión de cuerpos, con la fusión del óvulo con el semen como portadores de las primeras partes orgánicas, entonces nuestra desarrollada posesión del objeto se engloba tan plenamente en la expresión física de la libido como se efectuó en un sentido totalmente físico la primera unión del niño con el exterior. Y eso es precisamente lo que, por encima de todos los posteriores métodos de vivencia espirituales o mentales, que siempre conllevan un distanciamiento, puede implicarnos plenamente con la realidad, incluyendo el cuerpo que la asume y expresa. Con ello el cuerpo, justamente en esa materialidad de la acción corporal entre los individuos, se convierte en cierto modo en símbolo de los símbolos en todos los ámbitos.

En consecuencia, el arrebató amoroso propiamente dicho, el que embriaga a toda la persona, necesita incluso psíquicamente un fuerte desbordamiento de su componente animal, y ése es el motivo por el cual es un factor tan decisivo la atracción puramente física de la pareja; y también el motivo por el cual esa atracción, tan terminante y humillantemente degradada cuando desfallece, puede ser supervalorada más allá de sus valores somáticos, situándose así en el centro de todos los demás componentes del amor.

No amarse ya físicamente significa, en definitiva: no percibir al amado inconscientemente como la imagen de aquella primera impresión que vivimos físicamente la primera vez como una imagen total de nosotros y del mundo; significa situar a una persona en la indigencia de su individualidad, por lo que ella, por mucho valor que tenga, no es ya sino exclusivamente lo que es, pero pierde a la par su cualidad de serlo todo, como luz en sus ojos, como resplandor en su pelo, como fascinante don de sus manos.

Aunque el amor tenga unas gradaciones en su afecto, no se trata por ello de unas fronteras cualesquiera, sino que se caracteriza justamente por esas fronteras, esas circunstancias que le dan, aunque se perfilen como rasgos más salientes con el cese de la vinculación somática, su aspecto espiritual, pese a todo su carácter terreno; es decir, le otorga su última dimensión, ese inconmensurable, invalorable, que puede convertir el llamado amor sensual, en toda su terrenidad, en una alada “criatura celeste”.

Todo ese componente de dualidad, que puede definirse como mengua de sexualidad atávica y auge de sexualidad genital, caracteriza constantemente la doble concepción de nuestra *physis*: por un lado, como lo que aglutina, en la imagen somática de nosotros mismos, tanto lo interno como lo externo en su unidad y realidad; y por otro, como lo que distingue lo que es parte corporal de la consciente existencia de nuestro yo. Lo segundo queda por ejemplo en primer plano cuando Freud describe el paso del estadio puramente narcisista hacia la libido de la posesión objetiva como un aumento de la erogeneidad del cuerpo, hasta que el “exceso” motiva que la tensión desemboque en una corriente hacia un objeto en el exterior. (Esa necesidad de “saltar las fronteras del narcisismo” surge “cuando la posesión del yo por medio de la libido ha colmado una cierta medida”; *Zur Einf. d. Narz., 11*).

Y por ello resulta bien claro ver cómo la discusión sobre los procesos de la libido motivada por Freud se cifra en parte en la enfermedad orgánica y en parte en la hipocondría como un enamoramiento del propio cuerpo (con los rasgos negativos, como carencia de placer y presencia de dolor). En todos esos casos se trata de una hipersensibilidad en un órgano que absorbe todo el interés y que tiende únicamente a la distensión, el apaciguamiento y la liberación, y que toma su sentido de mayor urgencia en el órgano sexual. O en la fetichización del amor, con la sexualidad que se convierte así en un simple apéndice del yo, y en relación a la cual diversos reductos, tales como el placer sexual, un exceso de placer, se convierten en un lastre, en un desafuero, pues por su misma esencia no se supeditan al ordenamiento del yo, se saltan del marco y se convierten en hostiles al yo; e incluso el propio cuerpo que los propicia e impulsa se convierte en enemigo del yo. Y peor ocurre todavía en el caso del comportamiento hipocondríaco, en ese amor escindido, sufriente, al que se quisiera mandar al diablo pero al que, con todo, se siente uno atado con un enorme interés; y lo peor es la enfermedad orgánica, en cuya forma más dolorosa y decisiva podemos vernos inútilmente escindidos de nuestro propio y sufriente amor como si fuera un elemento exterior, como algo externo y hostil a nuestro propio yo.

De forma distinta ocurre cuando se considera la libido desde el otro lado, desde una perspectiva en la que la sexualidad no es una propiedad del yo, y el cuerpo no se mira como la parte externa de otra interna que siente la libido. En los casos mencionados anteriormente se ha considerado nuestro comportamiento narcisista primario como perjudicado en algún aspecto, por lo que no podemos situarnos en una plena relación con nosotros mismos, ni de nosotros con el mundo, y por el contrario nos encontramos sumidos en la creciente contrariedad de las fases de desarrollo en su constante disociación, hasta vernos reducidos al mero ámbito corporal. Y desde esa dimensión se entiende enteramente por primera vez la expresión de Freud sobre nuestro abrazo al narcisismo a consecuencia de posesiones del objeto: “Quien ama, ha sacrificado, por así decir, una parte de su narcisismo que puede verse reemplazada únicamente por el hecho de verse amado... Dos hechos básicos: en los casos de parafrenia crece el sentimiento del yo mientras que en las neurosis de transposición decrece; en la vida amorosa la carencia de amor atenúa el sentimiento del yo, mientras que el sentirse amado lo acrecienta” (Zur Einf. d. Narz., 21).

Un aumento en la medida, incluso dentro de la libido que tiende a la posesión del objeto, sigue presente el narcisismo, efectuando una inmediata vinculación de la propia existencia a la del compañero en una neta identificación, e igualmente creando una implicación de las formas de expresión espirituales con las corporales como su natural medio de expresión. El verso de “feliz es sólo el alma que ama”, no significa solamente cuando y porque sea amada en reciprocidad, sino que también se refiere al auge del sentimiento de gozo y de vida precisamente a causa de la “introyección” (Ferenczi) de la penetración del exterior en el propio interior, que únicamente así deja de sentirse expoliado y empobrecido.

Sólo el que ama sin verse implicado hasta los niveles profundos de su primigenia sexualidad y, en consecuencia, justamente el neurótico en su escisión interior, se ve privado, al mantenerse centrado en el yo dentro de su experiencia sexual, de llegar a la mutua confluencia de corrientes del “yo y tú”, lo mismo que de “alma y cuerpo”. Y Freud confirma que esta carencia es lo que da ocasión a ello, y no “la posesión de la libido extraordinariamente grande”, al afirmar: “La aceptación de la propia incapacidad para amar, debida a perturbaciones psíquicas o físicas, influye en gran medida en la degradación del sentimiento del propio yo”. En realidad, la felicidad del deseo amoroso tiende hacia aquel exceso, que logra la distensión e incluso parece querer desprenderse de la libido, pero siempre hacia el “nunca-demasiado” para el que sólo hay libido y amor, afán de satisfacción al que nada le parece demasiado a no ser lo absoluto de la identificación con la que originariamente representaba el uno y el todo, el yo y el tú, lo somático y lo psíquico.

Tal vez ese discurso pueda llevarse muy lejos de su punto de partida narcisista (lo mismo que uno anda o corre en sueños sin llegar a ningún sitio), pero ello se debe a la circunstancia de que ahí no está sólo la procedencia sino también la meta a la que se deberá retornar. Ese aspecto unitario común, como de habitación para todo, de lo que nosotros distinguimos como impulsos sexuales e impulsos del yo, sigue siendo todavía importante (“la sexualidad se vincula primero a una de las funciones tendentes al mantenimiento del yo, para hacerse luego independiente de ella”; 3, *Abh. z. Sexth. III. Aufl.* 45). Más aún: “Es posible que no suceda nada en el organismo que no tenga su componente que aportar a la excitación del deseo sexual” (ibid., 67).

En el estadio de la madurez se realiza el proceso opuesto: de la sexualidad “centralizada” en lo genital hacia la incidencia en la vida del ego: “Innumerables propiedades de la vida amorosa humana, incluso lo compulsivo del enamoramiento, pueden entenderse únicamente con una retrorreferencia a la infancia y como secuelas de su actuación” (ibid., 88). Incluso los infantilismos, que se fijan en perversiones en contraposición a la finalidad sexual genital, se vuelven ahí operantes al implicar al objeto, “con pelos y señales”, en el amor: “Esa supervaloración sexual es, pues, lo que tolera tan mal la reducción del objetivo sexual a la unión de las partes genitales propiamente tales y ayuda a la involución de otras partes del cuerpo en los objetivos sexuales” (ibid., 17).

En el último caso, finalmente, cuando la sexualidad ni se queda fijada en lo infantil ni desemboca en lo objetivo genital, sino que desvía sus metas hacia lo asexual, en el caso de la sublimación sexual, la primitiva unidad del ego y la libido se marca como algo decisivo, pues cuanto se realiza en el proceso de sublimación no es otra cosa que una renovada vinculación de los impulsos libidinosos con el consciente ámbito del yo, una sublime renovación de la infancia en el hombre espiritualmente desarrollado. Y en esa fecundación mutua sus impulsos espirituales reciben una dimensión que los eleva por encima de la estrecha afirmación del propio yo, a la vez que la sexualidad recibe una sublimación que la convierte, en un nuevo sentido, en medio de generación de nuevos objetivos. Y así todo cuanto en nosotros tiene una dimensión creadora cobra por ello su indefinible exigencia, como cuando reproduce algo que es más hondo y amplio que la simple yuxtaposición de lo normal-sexual y lo normalmente propio del yo, en una indiferenciable entrega y vinculación que va más lejos de las propias exigencias del yo y también sobre la mera necesidad sexual. En las sublimaciones lo pretérito se muda en lo más triunfante junto con nuestro propio futuro espiritual: como el “recóndito punto de la imagen ideal” califica Freud netamente ese devenir (en su *Schrift zur Einf. d. Narz.*): “El desarrollo del ego consiste en su alejamiento del narcisismo primario y engendra un intenso anhelo de lograrlo de nuevo. Ese alejamiento se produce por medio de la desviación de la libido a un ideal del yo (impuesto desde el exterior), a la liberación y satisfacción de la misma mediante la realización de este ideal”.

Esa “desviación del objetivo sexual genital” es algo común en las sublimaciones y en las perversiones, tanto que pudo suscitar un audaz y justo diagnóstico de Freud: “Incluso en las más aberrantes perversiones se debe reconocer la más fecunda actividad en pro de la transformación del impulso sexual. Ahí se presta una cantidad de trabajo espiritual al que, pese a sus horrendos resultados, no se puede negar el valor de una idealización del impulso” (3, *Abh. z. Sexth.*). Pero la perversión, al quedarse en los ámbitos del mantenimiento del yo, al malgastar sexualmente sus órganos, carece del desarrollo del yo en una dimensión espiritual y por ello deja de convertirse en una idealización o cambio positivo: se queda así en lo meramente negativo, en la perspectiva del objetivo sexual, en meras “transgresiones” y “retrasos o fijaciones” (Freud) en lo infantil.

Ello se aplica a las más burdas perversiones —que no pueden ocultar su mala fama y únicamente son tolerables en la primera edad de la vida—, e incluso a las más sutiles, las que pasan más desapercibidas bajo el pretexto o la cobertura de lo que Freud desenmascaró como “traslado de abajo arriba” y de lo que un aspecto “más sublimado” las hace sospechosas en cada época.

En la sexualidad primera, la más alejada de su objetivo genital, se encuentra implicada una segunda propiedad que, a mi entender, se mantiene enquistada en perversiones y en sublimaciones: el rasgo de que por ser sexualidad infantil, indiferenciada, lo engloba todo a la vez activa y pasivamente. En referencia a los testimonios de sublimación de la libido no quiero apuntar aquí a la hipótesis formulada desde el lado biológico que atribuye a las personas ventajas de producción creativa según los sexos; en todo caso hay una doble vertiente con respecto a sus obras, tanto en el autor como en la obra creada, en la entrega y en la ejecución, en el impulso inconsciente y en la determinación consciente. Es en las perversiones, por lo contrario, donde se me muestra con mayor claridad, cualesquiera zonas eróticas se incluyan, la caracterización activa y pasiva: si nos encontramos ahí con las actividades definidas por Freud como “orales, caníbales” —en las que incluso en la succión del niño el acto de coger con los labios es a la vez un acto de recepción—, o más todavía, en el erotismo anal, donde junto al relajamiento de la producción la “mucosa erógena del intestino actúa” “como un órgano con objetivo sexual pasivo” (3, *Abh. z. Sexth.*).

De los impulsos “que se producen con cierta independencia de las zonas erógenas, el voyerismo y el exhibicionismo” (ibid.), lo mismo que del sadomasoquismo, Freud toma el carácter activo-pasivo y por ello precisa el aspecto de dualidad polar de su manifestación como algo distintivo. Y dice (ibid., 25) que es “revelador que la existencia de la antinomia sadismo-masoquismo no derive sin más de la conjunción de la agresión; de lo contrario, se vería uno tentado a poner simultáneamente en relación ambos antónimos con los polos existentes en la sexualidad, como masculino y femenino, cuya significación en el psicoanálisis se reduce a la polaridad de activo-pasivo”. Pero más adelante Freud se refiere al aspecto pasivo de esta perversión: “Cabe dudar de si éste aparece primeramente o si más bien no se trata regularmente de un reverso del sadismo” (ibid., 23).

Pero bien se podría pensar que el primitivo binomio de objeto-sujeto todavía contenido en una sexualidad indeterminada es lo que ahí yace en el fondo, justamente como base desde la cual el impulso del dominio en lo sexual, en su proceso de concienciación constante (como una cualidad en el yo) va teniendo un comportamiento siempre más activo y agresivo, en el que lo básico infantil se toma como la parte meramente pasiva-femenina, la simplemente reactiva. En este pasaje se cifra para A. Adler la parcial acentuación de lo agresivo masculino, y la concepción totalmente negativa de lo pasivo femenino como una consecuencia fatal. A mí, sin embargo, no sólo me parece que en ambos se expresa el mismo goce libidinoso positivo, sino que incluso creo que con todo ello se conecta un problema de la libido con tendencia genital, y concretamente la pregunta sobre los motivos del “hambre, de la excitación” de esta libido, de su excitación en vez de amortiguamiento por los objetos presentes. Con tales contemporizaciones sobre cuánto “pre-placer” (Freud) despiertan, a la vez que excitan y dan pábulo al tormento del anhelo, en lugar de calmarlo, ¿no parece ser como si en nosotros se alojaran dos personas en esa modalidad de percepción de las que una goza, mientras que la otra tolera e incluso goza por esa coacción al sufrimiento? ¿No se trata aquí de una demora en la ternura?, ¿no es todo ello un “afán de tacto concreto”<sup>10</sup>, que sufre en el afán de desentumecimiento y que en su ansia se le somete para experimentar en ese sufrimiento el bienestar?

En realidad, se trata de nuevo aquí de la “orientación a la propia persona” (Freud) que se oculta profundamente en el sadomasoquismo, y por ello Freud apenas lo incluirá en las perversiones, pues “la contraposición que ahí se manifiesta de actividad y pasividad pertenece al carácter común de la vida sexual” (ibid., 24). De hecho, en el sadomasoquismo tan sólo ocurre como si se extrajera toda la sal y la pimienta del sabor normal de la libido para degustarlas separadamente hasta dejar todo lo demás como desperdicios. Y lo único interesante ahí es que este gusto por las especias picantes tiene un ámbito de disfrute mayor que el normal: que su insaciable placer no se debilita en la frontera normal de todo goce, que es el dolor. “Placer” es algo que únicamente nos puede acompañar durante un determinado trecho de camino sin mudarse en exceso o en desplacer; y sólo en el ámbito sexual vemos cómo el placer, si bien como algo anónimo, prosigue su ruta en el espanto, la necesidad, las angustias de la muerte, con su excitación libidinoso; tal vez sea eso lo más paradójico de nuestras expresiones espirituales por las que sabemos que incluso lo que nos es más hostil, lo más antípoda, la aniquilación del yo, tiene una vinculación sexual como un acto singular del encumbramiento del yo. Y justamente ahí vuelve a actuar lo más atávico de la sexualidad, el narcisismo que logra unificar ambas cosas, sin querer saber nada de las limitaciones al yo y cuyo placer sublime en el éxtasis último de la libido genital siempre se crece más, al igual que una llama, que se alimenta de sí misma en la medida en que parece inflamarse en el compañero.

El hecho de que estas perversiones afloren en la dimensión de la pareja, y que por otro lado la libido normal pueda regresar a otras que no la tienen pero sin renunciar por ello en lo más mínimo a su versión de pareja, fue lo que indujo a Freud a formular un concepto por el que teóricamente intercalaba lo pregenital entre las actividades sexuales autoerótico-narcisistas y las de la vida sexual genital. Esa formulación del anfierotismo (Ferenczi) abarca todo el ámbito de la homo y de la heterosexualidad como algo que en principio se ajusta a la norma. “La investigación psicoanalítica se opone con toda decisión a los intentos de separar a los homosexuales de las demás personas como si se tratara de un grupo singular y raro. Al estudiar las diversas excitaciones sexuales, aparte de las manifiestamente admitidas, se encuentra que todas las personas son capaces de una elección de un objeto homosexual y que en el inconsciente la han hecho.

Efectivamente, las vinculaciones de los sentimientos libidinosos hacia personas del mismo sexo, como factores de la vida psíquica normal, no tienen un papel menor, ni tampoco desempeñan un papel mayor como motores en la enfermedad, que los sentimientos hacia el sexo opuesto. Desde el punto de vista y en el sentido del psicoanálisis, el exclusivo interés sexual del hombre por la mujer se muestra como un problema que requiere una explicación más que como algo obvio de por sí” (3, Abh. z. Sexth, 12/13).

La inversión misma se manifiesta en distintas significaciones, como la de la predisposición andrógina —con mayor o menor componente psíquico u orgánico— (la “bisexualidad” de Fliess<sup>11</sup>, la “gradación intermedia” de Hirschfeld<sup>12</sup>, la homoerótica de Ferenczi) y la del homoerotismo objetivo de un mero gusto por la elección dentro del propio sexo: “Se puede finalmente plantear la pretensión de que la inversión del objeto sexual debe distinguirse estrictamente de la mezcla de los caracteres sexuales en el sujeto” (Freud, *ibid.*, 13). Y, finalmente, con respecto a la normalidad de los invertidos se podría observar tal vez que en el primer caso, el de la gradación intermedia, se halla inserto un vestigio de heterosexualidad a través de su ambivalencia, o sea, una distancia con respecto al propio sexo (en cuanto que esto, al igual que en el segundo caso, depende de una elección, lo que a menudo no significa una imposición de la necesidad), y luego, que por su parte la heterosexualidad a menudo se posibilita y se ve captada en su propio problema sólo por el hecho de nuestra relativa ambivalencia sexual infantil, que nos mantiene mutuamente más cerca.

Se suscita, no obstante, la pregunta sobre con qué frecuencia una exclusiva permanencia en esta fase pueda provocar trastornos del desarrollo cuando se oyen los resultados expuestos por Freud: “En todos los casos investigados hemos constatado que los adultos invertidos, en los primeros años de su niñez pasaron por una muy intensa, si bien corta, fase de fijación en la mujer (sobre todo en la madre), tras cuya superación se identifican con la mujer y se toman a sí mismos como objeto sexual, o sea, partiendo del narcisismo buscan a muchachos jóvenes, semejantes a su propia persona, a los que pretenden amar como su madre les ha querido” (*ibid.*, 11/12). Y si los casos primordiales presentan una mutación patológica de la inversión únicamente en su represión, en su aspecto de mantenerse en el subconsciente (de lo cual evidentemente la neurosis obsesiva y la paranoia dan testimonio al psicoanalista), tampoco serían conscientes en los casos de manifiesta inversión, de desviación primitivamente adoptada del objeto heterosexual hacia el homosexual, resultando así difícilmente inevitable una cierta fijación al respecto.

Si todos nuestros objetos amorosos reciben su definitivo encanto de transferencias primitivas ya olvidadas, resulta ser una referencia normal completamente esencial al respecto, saber hasta qué profundidad del olvido deben ser reprimidos para no evitar la nueva ilusión. Si el invertido, por muy normal que sea en sus disposiciones, se ha quedado detenido en una de las penúltimas etapas, por así decirlo, de las alcanzables en su desarrollo sexual, entonces su menor acentuación de la libido genital se muestra como algo explicable, según ha sido frecuentemente enunciado incluso por los mismos invertidos como una ventaja que les facilita su comunicación psíquica, el idealismo de sus recíprocas exigencias. Y efectivamente, se les podría dar la razón; en la medida en que se quedan voluntariamente detenidos en el estadio de lo pregenital se les presenta la posibilidad de sublimar su participación en la libido de la misma manera como el artista creador hace con sus obras, siendo aquí las personas sus obras. Si el invertido tan sólo trabaja el egoísmo erótico desde su propia peculiaridad de la libido, el egoísmo de las relaciones heterosexuales (¡las que engendran personas!) crea su íntimo reducto, pero también aquél construye con esa arquitectura familiar el espacio para las moradas de la cultura que son apropiadas para albergar toda la humanidad. Y así la libido homosexual en su sentido más amplio, que sexualmente no se extiende hacia el otro sexo sino que se contiene ante él quedándose dentro de los límites del propio, amplía por ello su alcance en la humanidad, en la hermandad de todo lo nacido del seno materno, e incluso podría convertir el amor a los enemigos como la experiencia de la expresión última de ello (como expresión del “único amor auténtico”, según una conocida expresión del viejo Tolstoi). La significación de lo homosexual para los fines culturales y lo social habla fuertemente del primigenio carácter de la libido: más de una vez es un mensajero del narcisismo que una y otra vez se presenta, enriquecido, adornado con sus logros, que ha recorrido su camino y ha crecido hasta llegar al punto de la exigencia que el espíritu puso en él.

En la vida real la homosexualidad y la heterosexualidad no se distinguen tan estrictamente como en la teoría; la investigación psicoanalítica ha revelado numerosos casos de cómo se interrelacionan, se combinan e implican sin o con conciencia de ello. En muchos matrimonios entre parientes, en el carácter fraternal de muchas relaciones e inclinaciones heterosexuales, en muchos vestigios de horror al incesto en relaciones lejanas al incesto, se esconde como tras una máscara un fuerte componente de inversión; cuando la amada se busca o se quiere preferentemente bajo unos tonos de maternidad o de hermandad, casi con una exclusión adrede del propio factor de arrebató, se delata entonces para Freud tanto como en la contrapuesta preferencia de lo más extremadamente exótico o de lo más arropado con la imagen de la prostitución un intento de evasión del peligro de inversión. Y en efecto, la libido genital, ese estadio final de la maduración sexual, asume indistintamente todas las diversas valoraciones y formas de ternura —tanto de tipo psíquico como somático— de la fase previa, todavía bajo el signo de lo bisexual; y ahí corre todo junto hasta el definitivo agotamiento.

La libido genital se convierte en el ridículo heredero de todas las conmociones que le precedieron, incluso de las que no quisieron redactar su testamento; así por ejemplo la inversión de la libido que no pretende serlo, dejando que desemboquen en ella y con ello llena huecos que por sí misma bien habría dejado vacíos. Y en ese punto no estaría fuera de lugar hablar de los derechos de la inversión, pero hoy en día se tiene la impresión de como si la heterosexualidad, y sólo ella, quiera absorber a modo de vampiro toda la belleza y fuerza restantes; en el auténtico ideal del matrimonio, como algo realmente obvio en sí, en todos los casos en que se mantiene como un ideal, se acaparan sin discusión todos los derechos a la posesión. Aunque se reserve un merecido lugar para la plena amistad entre varón y varón, y aún para un tercero, todavía el amor conyugal se puede comparar en su exclusivismo a una plena entrega a una labor, aunque tenga fines profesionales o creativos. Precisamente en unos tiempos como los nuestros, donde se han retirado las fronteras que antaño favorecían la personal vida de amor, y las metas religiosas de los hombres y sus exaltaciones no se miden ya con lo erótico, parece como si esa religiosidad en su quantum “flotante” se haya fijado en el ideal del amor y del matrimonio. Para la mujer ello no es tanto un menoscabo como para el hombre: y no sólo porque ella puede cobijar un buen pedazo de inversión ahí, y concretamente en la maternidad.

Y la madre es, en mi opinión, aquella que, dentro de su femineidad, responde a lo masculino: engendrar, mandar, dirigir, responsabilizarse, proteger (lo mismo que, desde una mera perspectiva sexual, el útero permanece en un papel puramente pasivo en el acto del amor, mientras que en el niño se convierte en el más productivo, el más “desentumecente”). La mujer ha sido igualmente dotada por la naturaleza con el juego de la interacción de las diversas tendencias humanas, que el hombre sólo puede lograr trabajándolas espiritualmente. Al menos ello debería llevarnos a reflexionar sobre cuánto debe la libido heterosexual a la homosexual que le ha precedido en el desarrollo, y que esas gracias hay que dárselas a ella. Y solamente porque la relación homosexual de persona a persona, con sus primitivos lazos corporales, se va luego constantemente animándose y espiritualizándose hasta que por fin nos enseña a aprehender internamente lo semejante a nosotros, y sólo por ello podemos unirnos de forma permanente al compañero distinto en su sexo, aunque en la relación genital con él vuelve a ser la base de la agresión sexual que se acentúa sobre todo en la dimensión somática, que de nuevo es en cierta forma su más primitiva renovación. Lo que, sin embargo, me parece a mí realmente más importante es la circunstancia de que ese resultado de previos desarrollos —y en consecuencia la capacidad de no poder llevar a la libido por su camino más corto, por su sexualidad somática hasta su objetivo, de elaborarla en su camino, de “sublimarla”— pone a la sexualidad heterosexual a punto para sus aplicaciones, sin implicar ni añadir sus propias prestaciones primeras. A través de este proceso puede ella, sin debilitación ni elaboración de su carácter genital, llegar a la comunión sublime, compleja y globalizante con su compañero, para permitir así juntos, sin recortes y en una mutua elevación, sentir la vivencia de la agresividad y de la entrega, el impulso de la distensión y de la ternura. Pero primero le otorga algo extraordinario, algo que la corona como la reina del erotismo, aquello que en su propio ámbito mantiene una línea de continuidad con las actividades individuales que se trasmudan totalmente en el erotismo: las obras de la creatividad, que también actúan como monstruosos consumidores de cuanto hayan producido en la previa labor de la sublimación para así convertirse en realidad, y relegar luego el resto inutilizable en el fantasmagórico reino de lo perverso.

Lo mismo que en la creatividad el ser humano debe ahondar en los más profundos niveles, hurgando en sus atavismos, en su infancia, hasta que esos asoman a la conciencia en su aspecto de realidad, de igual manera que para la generación humana el organismo saca sus fuerzas de la primitiva expresión total de lo somático, así también el punto álgido de la experiencia sexual requiere la inmersión en el subconsciente de las implicaciones físicas de lo primitivo. En el acto sexual genital, por muy avanzado que se muestre, no se expresa más que lo burdamente físico, cuya plenitud no deja espacio alguno a la implicación de las sensaciones psíquicas, que se hacen huidizas como la nada, tanto que sólo un milagro podría llevarlas de nuevo a su anterior plenitud.

La banalidad y el milagro se tocan aquí en su problema en cuanto que entre lo primitivo y lo extraordinario no existe ninguna tasación definitiva, sino una relativa fijación de objetivos que sólo se tocan en la medida en que nosotros estamos en condiciones de seguir durante un corto trecho, conscientemente, cualquier proceso, y así el principio y el fin del mismo se nos escapa hacia lo banal, que sólo es material, exterior e imaginable. Pero en la inconsciencia de nuestra vivencia también se produce lo contrario: la realización puede quizás considerarse como más plena cuando apenas sí emerge o aflora un poco para ser percibida por la mirada. Y ambas cosas no nos evidencian nada más que el milagro de la sexualidad. Pero el juicio de la conciencia se muestra ahí como algo bello, a pesar del *pathos* de los amantes, preferentemente gracioso o conmovedor, que rodea al acto de amor con el entusiasmo o delirio de la posesión corporal, el balbuceo de la recíproca supervaloración, que se escapa al espiritualmente sordo, lo mismo que en los cuentos salen flores y piedras preciosas de la boca del príncipe encantado (que también podría haber sido una princesa).

Y ese estallido festeja sobre todo el mismo entusiasmo, el hecho de que la amada haya sido una carne y una sangre con él. Y si seguimos dentro de la misma línea en nuestra observación, hasta el acto de amor de la maternidad, o sea, el definitivo volverse un solo cuerpo, el devenir realidad, aquello a que se tendía, nos encontramos con el principio del mismo. Lo que fluye en el ser maternal, festejando y adornando incansablemente como si lo elegido fuera lo más precioso entre todos los tesoros de la tierra, se deriva únicamente del hecho de haberse vuelto cuerpo, de la realidad de su fruto, como lo más desconocido, lo más remoto y lejano, como la más incontable de todas las posibilidades que ha crecido en su seno, el milagro en su más banal realidad.

Con toda injusticia se reprocha al amor maternal (¡al estilo de Weininger!)<sup>13</sup>. Lo azaroso de su banal vinculación, que apenas significa amor, pues representa la menos distante experiencia de unidad que conocemos. Pero también aquí el punto de partida viene dado por la propia vivencia corporal, la propia parte del cuerpo engendrada en la existencia personal; en lo materno se entrecruza plenamente lo eterno-autoerótico con lo que todo lo abarca, el más amplio ámbito que la libido puede trazar con su instalación en el organismo: como para convencernos de que toda nuestra ternura, por mucho que se sublime, se queda ligada en la raíz de nuestra sexual búsqueda del yo, pero que nuestro egoísmo en toda su banalidad todavía está transido por el milagro del ser en su totalidad. Únicamente en la expresión absoluta de esa unidad de la madre con el niño se podría representar el calor del objeto como un hecho cósmico y evolucionar en sus diversas fases y estadios. Así como para el ser de la madre toda vida nacida le parece un nacimiento de su propio yo, también todo cuanto vive, vive una y otra vez, pervive en todo ser, retornando en miles de ropajes, renovaciones, cambios; lo que era un entusiasmo total y unificante en cada individuo humano, no deja de actuar en todas sus manifestaciones, hasta que entra en nuestra puerta en la forma más irreconocible, en la del más extraño mendigo, en la de la criatura, y hasta en el de un enemigo.

*Volver a Psicosexualidad*  
*Volver a Newsletter 15-ex-69*

## Notas al final

- 1.- Zeitschrift f. Sexualwissenschaft, 4. Bd., 1917, ed. por Ivan Bloch
- 2.- Elan vital: impulso vital; v. Henri Bergson, 1859-1941, filósofo francés (La evolución creadora, 1907).
- 3.- Pierre Janet, 1859-1947, profesor de Psicología en París.
- 4.- Josef Breuer, 1842-1925, fisiólogo; en colaboración con Sigmund Freud, Estudios sobre la Histeria, 1895
- 5.- Carl Gustav Jung, 1875-1961. Psicólogo y psiquiatra
- 6.- Wilh. Stekel, 1868-1940; separación de Freud en 1912
- 7.- Eugen Bleuler, 1857-1919, profesor de psiquiatría en Zürich, Jahrbuch I.
- 8.- Alfred Adler, 1870-1937; primer presidente de la Sociedad Psicoanalítica de Viena, en 1911 se separó de Freud para fundar su «Psicología Individual»
- 9.- Goethe, Egmont, canción de Clara.
- 10.- Albert Moll, 1862-1939, investigador de sexología en Berlín.
- 11.- Wilhelm Fliess, 1858-1928, médico en Berlín; amigo íntimo de Freud hasta 1900.
- 12.- Magnus Hirschfeld, 1868-1935, investigador de sexología en Berlín.
- 13.- Otto Weininger, 1880-1908, filósofo (se suicidó). Sexo y carácter.